



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLI

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM 11883

PRECIOS DE SUSCRIPCION

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

VIERNES 21 DE JUNIO DE 1901

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Daumartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

Tarde y con daño

Las minorías del Senado han to- mado á empeño la cuestión de la renta y tienen decidido que no pue- dan franquear la entrada los sena- dores que no acrediten de un mo- do claro que la tienen propia.

Todo eso está muy bien; las le- yes y los reglamentos se hacen pa- ra cumplirlos, mas, lejos de eso, ca- da vez que aparece una ú otro, el primer pensamiento de los espa- ñoles es buscar callejuelas que ahor- ren su cumplimiento.

El caso es general. No queda dis- posición alguna que no sea burla- da, y lo mismo pasa á la vista del felato el maula, que sea un sen- ador al salón de sesiones median- te unos cuantos miles de duros en- dosados por cualquier amigo.

Eso ha sido hasta ahora, pero no será de hoy en adelante. Los seño- res del margen, es decir los jefes de las minorías, que están al tanto de lo que viene sucediendo por- que cuando han ejercido el po- der han presenciado, tolerándolo, el trasiego de los endosos, se han parado en firme y han dicho: «no mas».

Sin duda está muy bien lo que hacen los citados jefes. Estaría mejor si no se viera en esa manio- bra el deseo de darle un disgusto á los ministros responsables; y me- recería aplausos tal conducta si el momento escogido para adoptar tan radical y justo acuerdo no fue- se el negro y peligroso momento en que vivimos.

Es cosa en que convienen todos que el horizonte de España se en- negreze. Ya estaba un tanto negro por las dificultades interiores que á cada instante nos salen al paso. Para aclararlo se necesita la labor de las Cortes; y, efectivamente, le- jos de acelerar el momento de su constitución, para que puedan funcio- nar, se retarda con pretexto de

cosas que han pasado antes, pasa- ran ahora mediante las acostum- bradas componendas y pasaran luego si aflojan la mano las mino- rías de las futuras Cortes

Esto no debe suceder; pero pue- sto que sucede y hay asuntos im- portantes en que han de intervenir las Cortes, la importancia de los resguardos endosados se reduce frente al interés nacional que ne- cesita que funcione el Parlamento.

La cuestión catalanista, el pro- blema obrero, el económico, la reorganización de los servicios y las cuestiones de Marina, sin olvi- dar las militares que se imponen con gran fuerza, están esperando soluciones prontas que se harán tanto mas difíciles de resolver cuanto mas tiempo se tarde en aco- meterlas de frente.

Bueno es sanearlo lo lo porque todo está falto de condiciones hig- iénicas; pero no hay que olvidar lo grande por lo pequeño, porque no estamos en condiciones de des- perdicar el tiempo.

TIJERETAZOS

Dice *La Publicidad* de Barcelona refiriéndose á sus paisanos los regionalistas catalanes:

«Para toda persona observadora decir carlista y decir regionalista es todo uno.

El regionalismo no es más que la última careta que se ha puesto el carlismo.

Detrás de la barretina está la boina.»

La Publicidad debe conocer el paño.

Y cuando aun siendo de casa lo desacre- dita de ese modo, estará convencido de su mala calidad.

Dice *La Epoca*:

«Esta tarde ha estado en el Congreso el ministro de la Guerra, general Weyler, el cual desde que se abrieron las Cortes es el segundo día que ha ido á dicha Cáma- ra.»

¿Para qué ha de ir?

¿Para ver cómo se aprueban los dictáme- nos de actas?

Suponemos que el ministro de la Guo-

rra tendrá cosas que hacer de más sus- tancia.

Ya le llegará la voz de ir al Parlamen- to cuando éste se ocupo en cosas de in- terés.

Lo demás sería... ya lo ha dicho Weyler á un periodista que le ha interrogado sobre su ausencia de las Cámaras:

Perder el tiempo.

Dice un periódico:

«No hay duda de que estamos atrave- sando una época en la que impera lo posi- tivo.

Ya no contamos con una juventud entu- siasta como la de hace algunos años; ya no se combate por las ideas sino por el estó- mago; pasaron ya aquellos años en los que se luchaba por alcanzar un ideal; hoy se lu- cha por alcanzar un cocido.»

Por eso no hay patriotas.

Dice *El Nacional*:

«En el ministerio de Estado todavía no se ha recibido contestación al telegrama que el duque de Almodóvar envió á Londres pi- diendo noticias sobre las intenciones he- chas en la Cámara de los Comunes respecto á la cuestión de Gibraltar.

Esto prueba la actividad de nuestro em- bajador en Inglaterra.»

¿Hace allí tanto frío!

UN PUEBLO DE ZINC

Los viajeros que van de Europa al Trans- vaal, siguiendo la costa oriental de Africa, y se detienen en el puerto de Beira, que ha alcanzado la celebridad hace algunas sema- nas, gozarán de un espectáculo verdadera- mente sorprendente.

Las casas particulares y sus dependen- cias, los edificios públicos, la residencia del gobernador, los cuarteles, los almacenes, los hoteles, los kioscos para la música, to- do está construido con zinc y hoja de lata.

Millares de toneladas de hierro galvaniza- do, fueron llevados allí desde Inglaterra, Francia y los Estados Unidos; los carpinte- ros chinos construyeron apresuradamente, algunos armazones de madera, que recu- brieron de hojas de zinc acanaladas y pin- tadas al óleo. El efecto que produce este pueblo de zinc, es difícil de expresar; la impresión penosa que se siente, acrecien- tase al pensar que son seres humanos los que deben ocupar aquellas habitaciones en

un clima tan cálido. Para completar el triun- fo del hierro, se ha construido el ferroca- rril de Deneville que recorre la población en todas direcciones.

Como el país nada absolutamente produ- ce, hasta los alimentos llevados de Europa están contenidos en zinc, y no se ven más que montañas de latas de conserva; nada de frutas ni de alimentos frescos.

Hace algún tiempo se comenzó la cons- trucción de dos casas de piedra, que son objeto de la curiosidad pública; una de ellas se destina á almacén y la otra á la re- sidencia de agentes de una factoría fran- cesa.

Esta última no cuesta menos de 30.000 duros, y excita la envidia de todos los ha- bitantes de este triste país donde un jorna- lero, ganando cinco duros diarios, puede apenas cubrir sus necesidades,

MEMORIAS DE POLÍTICOS

Los que hacen la historia la escriben, ni los que la escriben la hacen. La frase ha- cer historia será más ó menos castiza, pero nadie podrá negar que es muy exacta, ni la extraordinaria importancia de las narracio- nes de acontecimientos históricos estudia- dos en los secretos orígenes que solo pene- trau los hombres de gobierno ó de milicia, y en las consecuencias que aún pueden ver ellos mismos.

Sin embargo, en todas las literaturas son poco abundantes las memorias de los polí- ticos.

La única nación que las tiene en núme- ro considerable y las aprovecha para su his- toria, es la francesa, donde por esa misma circunstancia es preciso descastar las apó- crifas, como el libro titulado «Testamento de Richelieu» y las que, en realidad, son insignificantes y no merecen que la poste- ridad las tenga en cuenta.

Existen memorias de literatos, escrito- res, periodistas y aun de personas insigni- ficantes, y en ellas hay que reconocer gran parte del volumen para encontrar algún dato de relativa historia.

Entre nosotros, los políticos háuse des- viado sistemáticamente del camino empre- ndido por los políticos franceses.

No parece sino que los políticos españo- les se han curado únicamente de la genera- ción contemporánea, poniendo en olvido las futuras generaciones. Alguno que otro,

el canceller Pero López de Ayala, por ejem- plo, Antonio Pérez y el príncipe de la Paz, dominados por influencias extranjeras for- man excepción de la indicada regla, el es- píritu nacional parece secreto á la revelación histórica de ciertos aspectos del go- bierno y de la política.

La vida y el color que reciben las narra- ciones históricas de la personalidad del es- critor autor de la historia supera todo en- carecimiento.

Compárense las relaciones de Julio César con las de su lugarteniente y continuador Hanlo Hircio, las relaciones de Cristóbal Colón con las de su hijo, las de Hernán Cortés con las de Bernal Díaz del Castillo, y se verá que aun las obras de los mismos testigos presenciales de los acontecimien- tos históricos puldoran y pierden impor- tancia cotejadas con las de sus jefes y di- rectores de las empresas.

Cuando César al atravesar un brazo de mar nadaba con sus «comentarios» en la mano, sosteniendo el volumen por encima de las olas, bien nos deba á entender lo que aprecia, bien nos deca á entender lo que nadie después del autor ha osado con- vertir en libro.

Lo que verdaderamente necesita inter- pretación auténtica es la historia en tiem- po de paz, porque la de las guerras puede pasar mejor sin esas explicaciones. Ocurro con los acontecimientos históricos lo que con los delitos y crímenes, si no se recojen en los primeros momentos las pruebas, fal- tan estas y quedan perdidas para la verda- dera historia.

Por eso aconsejan los autores crimina- listas que se aproveche cuanto sea posible el período inicial del procedimiento, y por eso nosotros, aplicando la misma doctrina á la formación de la historia escrita, reco- mendamos á los políticos que nos dejen consignadas las causas y primeras conse- cuencias de los acontecimientos.

Hacen mal los que rechazan las memo- rias de los políticos, suponiendo que nece- sariamente han de ser apologías de su con- ducta ó disculpa y atenuación de sus erro- res, porque creyéndolas con esta precar- ción, ni el mal es tan grande como pudiera creerse, ni, si permanecen algún tiempo sin abrirse, á manera de testamento hasta que pase, por ejemplo una generación, es de temer que el autor quiera engañar á la si- guiente.

La historia meramente narrativa sin cier- to género de elementos de información es

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 210

EL SITIO DE SEBASTOPOL 231

salida. ¿Quieres? Se lo diré al general.—añadió Vo- lodia, que no conocía, sin embargo, á general al- guo.

—¿Por qué no he de quererte! ¡si que quiero!—Y Me- nikoff se ocultó tras de sus compañeros.

—Vamos á jugar, muchos; ¿quién tiene cartas?— preguntó una voz impaciente; y organizóse el juego en el rincón más apartado.

Volodia, entre tanto, bebía té del que le preparó el tambor, ofreciendo de él á los artificieros, con quienes charlaba bromeando, deseoso de hacerse po- pular y muy complacido por el respeto que le demos- traban. Los soldados, al reparar que el barba era un buen chico, fueron animándose, y uno de ellos anunció que el sitio iba á concluir muy pronto, pues un marinero le había asegurado, como cosa cierta, que Constantino, el hermano del Czar, venía á liber- tarlos con la escuadra «Mericana» (1), y que en bre- ve habría un armisticio de dos semanas para descan- sar, y que por cada cañonazo que se disparase du- rante la tregua se tendría que pagar setenta y cinco kopeks.

Vassio, en quien Volodia había reparado ya, aquel

(1) Americana.

soldado bajito con ojos grandes y dulces, y patillas, refirió á su vez, en medio del silencio general, roto en seguida por mil risotadas, el placer que habían sentido primero al verle volver á su pueblo con li- cencia; pero que en el acto su padre le envió á traba- jar al campo cada día, mientras que el señor teniente de la guardia forestal mandaba á buscar á su mujer en *drochki*.

Muchos de los soldados ronaban ya; Vlang había- se tumbado también en tierra, y el artificioero vete- rano, tras de extender su capote en el suelo, persig- nábase devotamente mescolando las oraciones de la noche, cuando se le ocurrió á Volodia el capricho de salir para ver lo que acontecía fuera.

—Retirad las piernas—dijéronse al momento los soldados unos á otros al verlo levantarse—y cada cual encogió las suyas para dejarlo pasar.

Vlang, á quien creyérase dormido, se incorporó, sujetando á Volodia por un faldón del capote.

—Vamos, no saiga V., ¿qué va usted á hacer?—le dijo con acento compungido y persuasivo:—¿no sabe usted lo que pasa? ¡hacen los proyectiles allí; aquí se está mejor.

Pero Volodia salió sin atenderle y fué á sentarse en el umbral mismo del alojamiento, junto á Menil- koff.

XXII

El día siguiente, 27 Agosto, después de diez horas de sueño, salió Volodia fresco y des- cansado del blindaje. Siguióle Vlang, pero ésta al primer silbido de una bala, dió un salto hacia atrás, y abriéndose con uno de la cabeza, se precipitó por la angosta abertura entre la risa general de los solda-